



LA GUITARRA.

GRANDE alarma había producido en el pueblecito francés de Saint Didier, en el departamento de los Altos Pirineos, la noticia de la próxima llegada de los latro-facciosos españoles. Con tal epíteto los habían designado tan frecuentemente los periódicos, y tales episodios habían narrado de su ferocidad y barbarie, que aun desarmados y entre gendarmes, inspiraban más terror que curiosidad.

Desarmados, en efecto, llegaron por fin en los primeros días de Julio de 1840, aquellos guerrilleros españoles que habían tenido en jaque á toda España y en espectación á Europa entera.

Y apresurémonos á decirlo. El efecto que produjeron en aquellos pacíficos aldeanos, no respondió á la temerosa espectación. Los vecinos que se habían subido á las ventanas para contemplarlos desde seguro como á toros en plaza, se avergonzaron de su precaución, fuese de ver tanto gendarme, ó por el aspecto marcial pero campechano de los españoles, y bajaron á la vía pública. Las mujeres, ménos espantadizas ó más curiosas, contemplaban con fruición el desfile desde las calles y las tiendas, y con la compasión habitual en su sexo, acabaron por manifestar sus impresiones cuando pasó el último soldado con parecidas palabras:

—¡Ah, infelices! (“¡Ah, les malheureux!”)—exclamó una mujer.

—No me parece, sin embargo,—objetó otra más jóven,—que las trazas son de tan desdichados.

—Ni á mí,—dijo otra. Estos deben ser de los que van cerca del rey ó cosa así.

—Granaderos tal vez, ó guardia imperial.

—Real, querreis decir; que estos son realistas. Por el aspecto parecen hijos de buenas familias. “Ils ont l’air très distingué:” tienen aire muy distinguido.

Aquellos españoles que hayan habitado en Francia, hallarán este elogio muy en su lugar, pues es cosa corriente que los franceses encuentren siempre sumamente airosa y animada á nuestra raza, como lo es en realidad, y que tomen por nobles ó gente de pro á simples artesanos y por oficiales, ó generales, á soldados rasos. ¡Cuestión de fachada y donaire nacional!

A poco de llegada, pues, aquella española infantería, había hecho ya una conquista inesperada: la de las simpatías generales del pueblo, que no se cansaba de admirar gente tan alegre en la desgracia y tan elocuente sin saber hablar, pues es de advertir, que con cuatro palabras valencianas, otras tantas catalanas, y dos ó tres francesas, hablaban un “patuá” saladísimo y expresaban todo cuanto querían decir, y á veces también lo que no querían. Verdad es que la expresión del rostro y el gesto tan variado y elocuente (que tanto sorprende á los franceses,) era por sí bastante lenguaje.

Nadie seguramente hubiera adivinado, al mirar el pintoresco cuadro en que fraternizaban vecinos, gendarmes y emigrados, las lágrimas que pocas horas ántes habían surcado las bronceadas mejillas de aquellos valientes al deponer sus armas y despedirse de su patria.

II

Los vecinos de Saint Didier habían salido de un gran desengaño para caer en un misterio. Ya los habían visto, ya sabían cómo eran aquellos terribles guerrilleros; “des braves garçons,” como ellos decían: excelentes muchachos.

Pero el misterio permanecía entero, y no se descubría el resorte que había lanzado á gente tan honrada á semejante locura. Aquellos apuestos hijos de buenas familias, mancebos valientes y religiosos, que lejos de averzargon de su religión, como muchos de su edad, asistían á la iglesia, oían Misa y frecuentaban los Sacramentos [lo que allá edificaba amor á los mejores,] habían abandonado á sus padres, su hogar, su fortuna, su porvenir, por correr en busca de aventuras como el famoso Don Quijote de la Mancha. ¿Quién les metía á ellos el ir á matarse por nadie? ¡Cuánto más prudente era cultivar la tierra ó explotar el negocio y redondear una fortunita para vivir desahogadamente y no mendigar á la vejez! ¡Pobres muchachos!

Lo gracioso de estas consideraciones es que afligían más á los franceses que á los mismos interesados. Aquellos, como previsores y amigos del peculio, ó no veían la cuestión del deber y del honor como no interesados en ella, ó la relegaban á segundo término; pero, eso sí, deploraban la imprudencia de aquellos jóvenes que no poseían un cuarto, y los enseñaban á sus hijos para su escarmiento.

Lo cual tenía muy sin cuidado á los imprudentes españoles, quienes sólo se preocu-

paban por entónces de que no faltara la “palla” de cada día, dejando de lo porvenir dueño á Nuestro Señor, y creyendo siempre cercana la victoria: pues no en balde dijo el Conde de Maistre que los realistas fueron por excelencia “los hombres de la semana que viene.”

Es el caso que los oficiales se encaminaron á la “Maison de Ville,” ó casa Consistorial, á visitar al señor Alcalde, quien debía andar harto ocupado, según se echaba de ver su ausencia. La señora alcaldesa, que así vió honrada su casa, hízoles pasar al recibimiento, mientras llegaba su esposo el municipal funcionario que no debía tardar.

Hacemos al lector gracia de la mímica escena que entre los oficiales y la señora alcaldesa, acompañada de algunas personas amigas, tuvo lugar por falta de palabras del comun caudal, escena en la que los ojos suplían á la lengua.

Lo mejor que tuvo fué no ser larga, pues habiendo divisado los españoles al entrar en la sala, con tanta satisfacción que les vendió, una guitarra colgada en la pared, ya no tuvieron ojos sino para mirar al popular instrumento y á cierto oficial, arrogante doncel que parecía sonrojarse de aquella tenaz insinuación, y que respondía al nombre Javier de Silva. Era, cabalmente, el único que sostenía la conversación en correcto francés con la señora de la casa.

Parecía que los oficiales al mirar la guitarra decían suspirando con el poeta:

Cuánta nota dormía en sus cuerdas
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve

Que sabe arrancarlas!

Esta vez no fué mano de nieve, sino la mano morena y apasionada de Javier de Silva quien arrancó las notas dormidas.

Porque no habiendo podido resistir el indicado oficial á la invitación muda pero suplicante de amigos y extraños, templó brevemente el instrumento (pues como hábil no abusaba del auditorio,) y preludió bravamente con unos acordes tan majestuosos, tan graves, tan llenos de suavidad y armonía, que los españoles quedaron conmovidos ante el recuerdo de la patria, y los franceses embelesados de tanta maestría y dulzura.

Sonaba en medio de silencio profundo nuestro nacional instrumento, y los vecinos, atraídos por el eco seductor, acudían á casa del alcalde y llenaban los pasillos y las escaleras y aun asomaban por las rejas.

¡Cuántas veces los habitantes de Saint Didier habían contemplado con curiosidad la guitarra, sin atinar los acentos, ya melancólicos, ya juguetones; ora tiernos, ora terribles; ya patéticos ya dolorosos, que en sus cuerdas se ocultaban!

Llegó el señor alcalde, y quedó tan sorprendido de la galanura y cortesía de los oficiales como del aura popular de que ya gozaban. Añádase que donde creía él encontrar vagabundos ó buscones, se halló con unos amables caballeros que iban á ofrecerle sus respetos sin pedirle nada, ántes contribuyendo á su popularidad y llenándole la casa de gente.

Ofrecióseles, pues, con mucha urbanidad, y obedeciendo á una seña de la alcaldesa, invitólos á comer para el siguiente día.

III

No era ménos curiosa la escena que tenía lugar algo despues en una casa de la misma aldea entre dos jóvenes que no se conocían y de caracteres completamente antagónicos.

El uno, caballero, cristiano y militar, parecía el adalid nato del antiguo régimen: el otro, ambicioso, escéptico y egoísta, era defensor acérrimo de la civilizaci6n material. El primero era Javier de Silva; el segundo Mr. Brunet, comisario de policia de la localidad.

Vivamente excitada su curiosidad por el misterio que á la generalidad preocupaba, había hecho llamar al oficial español por ver de salir de una vez de dudas, para redactar un "rapport" [informe] al ministro sobre las causas de la guerra concluida. No ignoraba él que nuestro compatriota, educado en la emigraci6n, hablaba correctamente en francés.

—Permitid, dijo el comisario, que os dirija algunas preguntas, no como funcionario, sino como particular.

—Estoy á vuestras órdenes,—repitió Javier inclinándose; haré lo posible por satisfaceros.

—Ante todo, os anuncio una reacci6n benévola ("un retour de bienveillance") en Francia en vuestro favor: ahora se va creyendo en la sinceridad y desinterés de vuestra gente, que ántes de léjos no se creía.

—Agradeciendo el favor, os puedo asegurar que si continuasen negándonos ámbas cualidades no por eso se turbaría la serenidad de nuestra conciencia, juez, despues de Dios, principal de nuestras acciones.

—Dejando esto, allá va un aluvion de preguntas que podréis contestar acaso con una respuesta: ¿Qué interés ha llevado tantas gentes á vuestras filas? ¿Qué móvil ha inspirado tan épicas hazañas? ¿Es posible que solamente el derecho controvertido de un príncipe, si no hay algo detrás, saque así de quicio á una naci6n? ¿Es cierto que el clero fanatiza á los aldeanos? ¿O más bien tendrán razon los que aseguran que estas guerras son consecuencia del espíritu de indisciplina y horror al trabajo de los españoles? ¿Será, en fin, humor aventurero de raza?

—Nada de eso es,—contestó.

—Pues decidme cuál es la verdadera causa.

—La fé,—dijo breve y enérgicamente el español.

—¡Tanto peor!—replicó levantándose mal humorado el funcionario. Creí que erais más razonable, y que hablando á un hombre serio de política, no sacaríais á cuento semejantes jaculatorias que nada explican.

—Pues repito que no hay otra explicaci6n que la fé, fuente de todos los sacrificios y guardiana de toda justicia.

—¡Pero eso es pura teología!—exclamó el comisario en un nuevo acceso de impaciencia.

—Lo cual os probará, observó Javier, que la teología y la política andan más unidas que lo que pensais.

—¡Y me decis eso vos,—exclamó triunfando Mr. Brunet, vos que con todas vuestras teologías y milagros salís con las manos en la cabeza!

—Tarde ó temprano os la rompereis vos,

si no llevais otros anteojos que los de la razon. Cuando un ciego guía á otro ciego... ya sabeis lo que dice el Evangelio.

—¡Y me citais el Evangelio!—dijo desdenosamente encongiéndose de hombros el comisario.

—¡Por qué no? Vos me citais la razon y yo sostengo que á fuerza de ser razonable se llega á obrar como irracional.

—Acortemos razones, si gustais. Os habían pintado como mónstruos sedientos de sangre humana: reconociendo que sois ciudadanos intachables y soldados valientes, os preguntamos los que no participamos de vuestro entusiasmo, por qué habeis desangrado vuestra patria en lugar de dejarla prosperar y progresar.

—Es la primera cuesti6n con nuevo ropaje. Entended de una vez para siempre que nosotros no somos enemigos de las luces, pero queremos que ardan en honor de Dios y no para abrasarnos con el diablo,—contestó Javier.

—¡Dale otra vez con el diablo! exclamó Mr. Brunet socarronamente. Dejadlo en los infiernos y decid por qué combatís los adelantos....

—No combatimos ningun adelanto, y os contesto por tercera vez á la eterna cuesti6n. Si el hombre es un animal nacido para engordar, vuestra civilizaci6n, que le hace egoísta, lo pasea barato y lo nutre abundantemente, puede cantar victoria y enorgullecerse.

—Enhorabuena. Ahora os entiendo mejor.

—Aguardad, replicó el oficial. Pero si el hombre no es un mero cebon, si hay Dios en el cielo que lo ha de juzgar, si existen pueblos que conservan todavia conciencia de su dignidad; en fin, si la religion, la justicia, el honor, el deber, no son palabras sin sentido, tarde ó temprano nos dará el mundo la razon...

—¡Bah!.....

—Y en último caso, nosotros preferimos ver á nuestra patria pobre ántes que deshonorada, y aunque por el momento salieran bien vuestras cuentas, sabed que á mercaderes y á ricos nos dejamos ganar los españoles por cualquiera, pero á dignos, no.

IV

Era ya sobremesa, y el alcalde contaba á los oficiales emigrados la historia de la famosa guitarra: la cual había sido llevada de España como recuerdo pintoresco de viaje por un hermano del mismo alcalde. Añadía éste que jamás había oído tañerla en Francia ni intentado siquiera aprender á tocar.

A ruego, pues, de la señora alcaldesa, del anfitri6n y demás convidados que se unieron á la petici6n, el oficial Javier de Silva tuvo que abrazarse con el instrumento y alegrar la velada. Aunque la guitarra no es propiamente instrumento cantante, el día anterior había el artista, con tanta habilidad como dulzura, hecho oír y admirar varios aires españoles y algunas tonadas de la época como la "Atala" y otras.

Pero conocedor de los preciosos recursos que como acompañante atesora el instrumento, el joven, que poseía hermosa y aterciopelada voz, rompió á cantar unas seguidillas con aquel garbo y aquella seduccion graciosa que en España no chocan por naturales y en tierra extranjera arrebatan y emboban.

El éxito fué tan glorioso que la multitud invadió la casa, la cual afortunadamente se hallaba situada en la plaza principal. El alcalde salió á contener á sus administrados, cediendo á cuyos ruegos propuso al oficial que, convirtiendo la "soirée" privada en serenata oficial, y aprovechando lo espléndido de la noche, respondiese á la espectaci6n y simpatía generales toeando en la plaza pública.

Hízolo así nuestro compatriota, rodeado de los de la tertulia, sentados en sendos sillones, y para inaugurar el concierto en honor del vecindario, atacó magistralmente la jota aragonesa, preludiando todo el tema primorosamente ejecutado, y haciendo resaltar el can-

to del bajo en los bordones de una manera inimitable.

Estallaron los aplausos: mas el modesto oficial los hizo cesar en breve, acompañándose en acorde mayor y entonando la siguiente copla de la jota:

Valencianos y realistas
Ya no vamos á Valencia,
Porque en Francia hemos hallado
Noble gente y buena tierra.

En el rostro satisfecho de los españoles comprendieron los curiosos que la copla tenía "miga," y así se la hicieron interpretar.

Mudando luego el "cante" para no cansar, acometió el músico unas seguidillas que empezaban así:

No las canto manchegas
Las seguidillas
Porque las valencianas
Son más bonitas.

Tal alborozo y satisfacci6n causaron las seguidillas en el auditorio,—pues nunca oyeron aquellos aldeanos cantares de tanto movimiento y rasgueo, tanta concision y tanta gracia,—que el cantor tuvo que improvisar una y otra copla, cuya traducci6n era adivinada por los curiosos.

Y como el repertorio nacional es tan socorrido y el artista no quería repetirse, preludió con sin igual melancolía y suavidad unas malagueñas y cantó:

El que quisiere saber
De qué color son las penas
Siente plaza de soldado
Y auséntese de su tierra.

Preparados los ánimos á la tristeza por aquel acompañamiento patético y monótono y por aquellos gemidos tiernos y prolongados del artista, algunas lágrimas rodaron por las mejillas de los oyentes, entendida que fué la copla.

A la cual siguió esta otra:

En lo profundo del mar
Voy á sepultar mi pena;
Porque mi pena es tan grande
Que ya no cabe en la tierra.

En resúmen: el pueblo de Saint Didier salió encantado y satisfecho de la serenata con la afici6n que un pueblo "terre à terre," es decir, calculador y material, siente por un pueblo artista. El alcalde y la alcaldesa, henchidos de satisfacci6n por el éxito colosal de su "soirée," y convencidos de que habían tenido á su mesa la "fine fleur" ó la flor y nata de la aristocracia valenciana y aragonesa, concibieron hacia los oficiales un afecto tan exagerado como el terror que les infundieran ántes de llegar.

Su carácter ingénuo, alegre, caballeroso, agradó sobremanera, y así quedaron declarados gentes de buen tono y de exquisita distincion.

V

Tales fueron los casuales y curiosos comienzos de la fortuna del oficial Javier de Silva en Francia.

Recomendado calurosamente al prefecto del departamento por nuestro alcalde, el emigrado español recorrió de triunfo en triunfo el camino de Paris, precedido de su fama, aclamado por auditorios verdaderamente "escogidos," pues estaban formados por las tertulias de los mismos funcionarios del Rey de Francia á quienes iba recomendado.

Español, artista y caudillo de las recientes homéricas batallas de la Península, eran sobrados títulos para hacerse oír en un pueblo tan hospitalario y tan amigo de novedades como Paris. Así es, que nuestro oficial vino á ser materialmente el niño mimado de la mejor sociedad; y decimos de la mejor, porque Javier por simpatía y agradecimiento, intimó en seguida con la antigua nobleza, que era la más adicta á la legitimidad, y por tanto á los realistas emigrados.

No quiso Javier exhibirse en los teatros por dignidad, pues sobrabanle públicos esco-

gidos en las casas de sus numerosos protectores, y por otra parte sobrabanle asimismo discípulos que como un favor pretendían sus lecciones. Nunca la guitarra había estado tan en moda entre la gente de alto linaje.

Eran de oír también los elogios que se hacían de la gracia y espontaneidad de las canciones españolas, cuyos ecos resonaban en los pianos de todo París.

Con la gran boga que alcanzó, nuestro protagonista pudo aspirar á una gran posición que hubiera tenido los consiguientes riesgos. Pero el excelente jóven poseía los defectos de nuestra raza á la misma altura que sus cualidades; y á haber sido ménos noble é ingénuo y algo charlatan y vanidoso, hubiera sin duda detenido la rueda de la fortuna en aquel medio frívolo y novelesco.

Faltábale además travesura para la intriga, y su corazón leal no sabía mentir ni aun disimular. Escaso de experiencia, fiábase de cualquiera, juzgando á los demás por su propia hidalguía, y este fué su defecto capital.

En la tienda de la misma casa en que habitaba Javier tenía un judío oficina de cambio y valores públicos: en el escaparate, á guisa de anzuelos, figuraban monedas de oro de varias naciones, y entre ellas onzas españolas de las llamadas "peluconas."

Sin otro conocimiento que el de vecindad, el cambista saludaba cortesmente á Monsieur de Silvá, como él le nombraba, y éste que era fino de veras, le devolvía el saludo con la mayor urbanidad.

No sabiendo Javier cierto día qué hacer de unos cientos de francos que le inundaban la cartera, entró en el despacho del cambista y le dijo buenamente que le guardase aquel dinero por el cual ni siquiera pidió interés. Monsieur Moisés Levy, que así se llamaba el judío, luciendo la sonrisa más atenta de su repertorio, mostró agradecer la confianza á su vecino con la cortesía más ceremoniosa.

Tres ó cuatro diferentes veces repitió Javier la visita, siempre por quitarse el dinero de la bolsa; pues ser poseedor de un caudal, fomentarlo y colocarlo cuidadosamente, era para él negocio harto engorroso y complicado.

En tanto, vencidas las dificultades de la lengua, cada vez más estimado y querido Javier de Silva [porque de esta ventaja gozan las naturalezas nobles y generosas que son más amadas, cuanto más conocidas,] era citado como dechado de honor y caballerosidad entre los franceses. Los cuales se pasaban del desinterés de un oficial tan simpático, que por sentimiento religioso y adhesión á su Rey, había renunciado al grado de Coronel que el gobierno de Madrid le reconocía, y había roto su carrera, desterrándose de su patria y condenándose á ganar su vida como el más humilde y desheredado hijo del pueblo.

VI

¿Me conviene tornar á España ó instalarme en este rico y hospitalario país?—meditaban un día Javier.

—Yo, continuaba, he logrado caer en gracia á estos señores. Penetré en tierra francesa sin esperanzas ni propósitos de ganar un franco, y por arte de la Providencia me he hallado de pronto con una prebenda. De suerte, que en vez de comer el negro pan de la emigración, según contaba, hoy es el día que, sin haber cobrado herencia ni premio gordo, visto con lujo, cuento con generosos protectores, como diariamente á manteles en suntuosos palacios, ando en coche, vivo con regalo, habito en cómoda aunque modesta habitación, y además, ahorró al mes un puñado de doblones. Esta existencia puede durar... pues hasta que tengamos otra guerra, lo cual podrá tardar, ó hasta que me case. ¡Diantre! Esto es muy serio y hay que considerarlo y ponderarlo con detención. ¡Casarme fuera de mi tierra!...

Javier se rascó la oreja, suspendió un momento el curso de sus cavilaciones y exclamó:

—Antes de resolver tan árduo, tan pelia-

gudo problema, hagamos una simple suposición, que permanezco en Francia: y veamos cuánto voy perdiendo y ganando con quedarme en mi sér español ó convertirme en ciudadano francés. Desde luego, me será forzoso decir adios á mi preciosísima Valencia, llamada "milagro de la naturaleza" por Lucio Sículo y "jardín de España" por la voz general, y á aquel cielo que ni pintado es más bonito. Además, tendré que renunciar en primer lugar, á viajar en tartana, á fumar tabaco filipino, á pelar la pava, á dar serenatas, á rizarme el pelo para figurar en las estudiantinas. En segundo lugar, habré de renunciar á concurrir al Rosario de la aurora,—pues aquí no sale el rosario ni aún sé tampoco si sale la aurora;—á oír suspirar por la Virgen de los Desamparados; á hablar en "valensiá," á calentarme en brasero por Navidad y dormir la siesta en verano, á tomar el fresco por las noches al sereno, y á frecuentar aquellas benéficas estereras, que en invierno dan un ruedo al desabrigoado que lo ha de menester, y en la canícula suministran unos vasitos de limon y horchata "helá," que le cuajan á uno las palabras en la boca. En tercer lugar, tendré asimismo que renunciar á comer sota, caballo y rey, como en todo país de garbanzos, á almorzar jamon con tomate y beber vino en porron, á la aragonesa; á hacer gana comiendo "cacahuets" y apagar la sed con una sandía; á merendar bajo los naranjos y asistir de cuando en cuando á una corrida [¡preciosa función!]; á jugar á la lotería y á alternar con toreros, gitanos, cigarrerías, serenos, agualojeros, castañeras, contrabandistas, amas de huéspedes, burreros de leche y demás tipos indígenas que nos envidia el mundo civilizado.

Aquí se detuvo un momento Javier, sonriendo al alegre recuerdo de las cosas de su patria, y despues de lanzar un suspiro, prosiguió:

—En cambio, si... (es una mera suposición) si me quedo en Francia, iré cobrando cariño á este país, haré amigos, ganaré el oro y el moro, colocaré las economías, compraré papel del Estado ó fincas y acabaré por casarme. Para esto... será forzoso hacer la corte á la francesa, enviando un amigo que averigüe en cuánto dotan sus papás á la "demoiselle" de mis pensamientos, y que se entere subrepticamente de los ahorros de sus tíos asmáticos y de la edad avanzada (¡lo más avanzada posible!) de las tías de que espera heredar. Y si el negocio es tentador, sin más noviazgos ni galanteos, que acá no se estilan, á los pocos días nos vestimos, ella de blanco coronada de azahar, llevando un ramo en la mano, y yo de etiqueta, y nos echa el cura la bendición. Luego tendré hijos francesitos, muy monos ciertamente, pero que me tutearán, y esposa que me llamará "Monsieur," y amigos que me preguntarán si es cierto como dicen los libros publicados en París, que las damas españolas visten de manolas, que los caballeros andan de chaqueta corta y calañés, y que los curas van de sombrero de teja y fumando cigarrillos en los entierros.

—¡Ay de mí!—exclamó dando otro suspiro más hondo Javier al llegar aquí, creyendo casi sucedido lo que maquinaba, como la lechera de la fábula. No sentiré que me tuteen mis señores hijos ni que me llame "Monsieur" ni "madama," sino que despues de tanta sangre derramada venga el diablo á reírse de nuestro valor y entereza derribándonos uno á uno, y que mis hijos lleguen á despreciarme algún día, por haber degenerado, de español fino y católico rancio en contemporizador amable é inofensivo poltron.

VII

Aprovechando Javier una de tantas amnistías, como en su azarosa vida otorgaban por entónces los gobiernos de Madrid, proyectó un viajecito por España para tomar el pulso á la cuestión.

Al efecto, para preparar sus cosas, una tarde, volviendo de sus visitas, entró en la

tienda del cambista, y brevemente le pidió el dinero que en diferentes fechas le había ido entregando. El judío, recibéndole cortés, pero friamente, se hizo repetir la embajada, haciendo que no entendía ó no entendiendo de hecho: por fin, cuando Javier hubo pacientemente repetido su justa pretension, encogióse de hombros, aparentando ignorancia y dando muestras de la sorpresa más sincera. Su semblante parecía decir: "Este hombre está loco y no sabe lo que pide."

Javier volvió, ya no á repetir, sino á intimar su reclamación con voz vibrante y nerviosa. Pero el sagaz y taimado compatriota de Júdas, tomó una actitud tan correcta en medio de su perfidia, y dijo tan pausada y solemnemente: "Sortez" (salga V. de aquí,) señalando la puerta, que Javier, midiendo amargamente de una sola mirada retrospectiva, la necedad y la buena fé con que había confiado su dinero á semejante truhan, "sin pedirle recibo siquiera," comprendió su situación desesperada. Calculó, con efecto, rápidamente, que aquel hombre estaba resuelto á negar haber recibido ningun dinero, toda vez que no había ni documentos ni testigos, y tomándose la justicia por su mano, saltó como leon, de un brinco, al cuello del judío, que era alto y membrudo, y lo derribó por tierra cual si hubiera sido un junco.

Allá, debajo de un estante de la oficina, se entabló un diálage tan dramático como curioso entre el español y el judío:

—¿Confiesas, ladron, que te entregué mil ochocientos francos, ó te ahogo?—decía Javier.

—"C'est fait de moi!" [Muerto soy]—contestaba el bribon.

—Habla, traidor,—continuaba la víctima de la estafa—ó te quemo la tienda con todos tus latrocinio.

—¡"A la garde!" (¡Socorro!)—gruñó el judío.

Entónces Javier, convencido que no sacaría más partido de aquel miserable, cuya raza había crucificado á Cristo, y recordando por otra parte, que no estaba luchando con un enemigo digno, sino castigando á un ruin estafador, se contentó con bailar un zapateado á toda velocidad sobre las costillas del judío, y cobrarse así en su villano cuerpo, con mil ochocientos golpes, mil ochocientos francos que ya no había de ver.

Avínole bien que era á la caída de la tarde y entre dos luces, de suerte que nadie advirtió la zurra magistral administrada al judío, y que por de pronto hubiera costado á Javier de Silva algunos días de cárcel.

Cuando los amigos de éste conocieron la estafa, censuraron vivamente que Javier se hubiera tomado la justicia por su mano, por varias razones: las principales eran, que se había expuesto á ser sobre estafado molido, si el judío hubiera sido más forzudo: la segunda, que pudo ser sorprendido por la policía durante la zurra y preso, por vías de hecho contra un ciudadano: la tercera, que había perdido toda probabilidad de racobrar su dinero.

A esto contestaba Javier, que en España los hombres honrados suelen ser siempre más forzudos que los delincuentes, sin duda porque la razon les presta fuerzas y ánimo para dar un tapabocas al ladron más pintado: que la sangre española no tiene espera, ni nadie en España aguarda que la justicia castigue á los ladrones, y así el buen español, para no ser burlado, donde la coge la mata: en fin, que si en Francia es costumbre que los ladrones devuelvan lo hurtado, en España saben ponerlo á la sombra, en términos que ántes les arrancan el alma que un solo maravedí: y así es perder tiempo, palabras y pasos, buscar lo que no ha de parecer, haciendo nuevo gasto de dinero y paciencia.

Semejante episodio resolvió la cuestión, y así el buen Javier, contento en el fondo de su aventura volvió á su patria, ya que no rico en bienes, á los ménos sin perder ninguna de

aquellas preciosas cualidades que hacían de él un cumplido caballero y un español á prueba.

VIII TREINTA AÑOS DESPUES.

¡Oh coincidencias del destino!

Treinta años despues de los sucesos narrados, esto es, en 1870, nuestro héroe volvió á Francia, cuando cabalmente esta nacion se hallaba ocupada en gran parte por los ejércitos prusianos y los realistas españoles acariaban esperanzas más lisonjeras.

Como se originara cierta reyerta entre emigrados cerca de Bayona, iban ya á venir á las manos, cuando nuestro buen general D. Javier de Silva, ya en edad madura, se adelantó con teson y cuadrándose entre los combatientes, díjoles estas palabras.

—Alto á la justicia y atrás todos, muchachos, que nosotros no mandamos en la sangre que llevamos en las venas. Nuestra sangre es de Dios, de la patria y del Rey, y en su nombre pido no sean defraudados.

La reyerta se deshizo, pero la policía fué informada, y de esta suerte, por una coincidencia, conoció Mr. Brunet, que casualmente había mudado tambien de destino, la presencia de su antiguo conocido el oficial D. Javier de Silva.

El activo Comisario, ansioso de verle, corrió en su busca, pues sabiendo cuán competente en asuntos de guerra era nuestro compatriota, contaba sacar raja de la entrevista, como luego veremos.

Era, en efecto, á sazón que los periódicos franceses hablaban de imitar á los indomables españoles en la defensa del territorio con la guerra de guerrillas. La moda y la necesidad suprema de la patria, imponían hablar de guerrilleros.

Mr. Brunet proyectaba enviar un "rapport" (informe) al ministro con el "plan completo para la organizacion de guerrillas" segun el sistema español, en condiciones idénticas á las españolas, es decir, mejores, porque había más dinero y más gente.

Pero necesitaba ántes consultar algunos puntos capitales con nuestro compatriota, y aun se proponía hacerle colaborar en el plan. Todo fué inútil y el guerrillero desaprobó el proyecto.

—Nada falta, decía el Comisario: tenemos dinero, armas, gente. ¿Qué más queréis?

—Una sola cosa que abunda mucho en España y escasea por aquí.

—Pues se trae, cueste lo que cueste.

—El caso es que... es imposible. ¿Habéis leído las obras de Monsieur Thiers, el prohombre de hoy?

—¡Qué pregunta!—exclamó estupefacto el Comisario.

—Pues ese señor, que no tiene nada de teólogo—continuó el general,—dice en alguna parte que "si hubiera tenido en sus manos el beneficio de la fé, lo hubiera derramado por toda su patria, porque estaba persuadido que una nacion creyente se halla más inspirada si se trata de obras de inteligencia, y es más heroica, tratándose de defender su grandeza. [1]"

—Bien, y ¿qué me queréis decir?

—Que lo único que falta en vuestro admirable plan, es aquella misma fé de que os reistéis tanto treinta años ha. Hoy no la encontrareis en el mercado por muchos millones que tengais, y yo os certifico, á fé de guerrillero, que es el condimento esencial de aquellas maravillas que tanto alababais, porque en definitiva, ni las guerrillas ni las hazañas se hacen como los buñuelos.

—Recordad, general, que no abundan tanto en vuestro país los genios como Napoleón,—exclamó Mr. Brunet algo picado.

—Ni falta que hacen, señor Comisario.

(1) Hettinger, "Apología del Cristianismo," pág. 3.

Nosotros preferimos parecernos á David en la fidelidad á su Dios y á su Rey y tambien en desafiar á todos cuantos gigantes Goliath se presenten.

—Francia es nacion tan guerrera...

—Toda comparacion es odiosa, dice un proverbio español, y perdonad os interrumpa. Si el ejército francés entero se hallase hoy inspirado del espíritu heroico y cristiano de los cuerpos que combaten á las órdenes de los generales Charrette y Cathelineau bajo la enseña del Sagrado Corazon, vosotros mismos lo confesais, otra sería vuestra fortuna. Es cabalmente lo mismo que sostenemos nosotros; y es cierto, que á estas horas, más de cuatro mocitos de mi tierra estarán tocando la guitarra (como David tocaba el arpa alegrándose en el Señor,) los cuales sin estudiar plan ninguno, improvisarían mañana si fuese menester, golpes de audacia, de esos que no se hallan en los libros del general Moltke.

—Y ahora os quiero añadir, concluyó el general, que esto que digo no es un inútil alarde,—pues sólo el hacerlo revelaría por lo ménos mal gusto en mí, que tengo probada vuestra espléndida hospitalidad,—sino el saldo de una cuenta vieja. Hace treinta años os burlábais de los que defendíamos el derecho y nos recomendábais reconocer los hechos consumados. Mirad al vencedor que avanza, medita que la justificacion de sus conquistas [él mismo lo ha confesado,] es que la mejor razon es el sable ("la force prime le droit,") y decidme si vuestro patriotismo no se subleva ante tamaña iniquidad.

—¡Pardiez!—asintió concisamente el Comisario.

IX EPILOGO.

Como lo más sabroso é interesante de esta historia es ser verdadera, no podemos resistir al deseo de mencionar su desenlace, es decir, el digno premio que merecieron las virtudes de nuestro héroe. El cual, como se adivina, había sido siempre modelo de caballeros y de soldados cristianos, siendo querido de todos, tanto por su entendimiento no comun, como por su carácter jovial y decididor y su temple de alma excepcional que se crecía en el peligro. Cuando se sintió, al poco tiempo, gravemente enfermo, anunció muy sosegadamente á sus amigos, que pues Dios le había concedido la gracia de nacer español, ansiaba vehementemente morir á la española, en cuanto lo permitiese el alejamiento de la patria.

Aquellos curtidos veteranos, tan altivos que por no presentarse á los cónsules ni mendigar favor de las autoridades, se dejaban cada mes internar injustamente por la policía con grave molestia y no pocos gastos, acudieron esta vez resueltamente al Comisario con la pretension exorbitante de que les permitiese llevar el Santo Viático pública y solemnemente al guerrillero español.

Mr. Brunet alegó en un principio que las leyes del país prohibían semejantes religiosas manifestaciones; mas luego, parándose á reflexionar un instante, movido sin duda del deseo de tributar aquel homenaje de consideracion al enfermo, encargóse de telegrafiar al prefecto del departamento y de allanar las demás dificultades que pudieran surgir.

Acababa de comprar, á la sazón, un acaudalado legitimista de la villa, un coche magnífico, no estrenado aún, y á ruegos de algunos emigrados, consintió que el elegante vehículo fuese estrenado por Jesús Sacramentado, segun se acostumbra en algunas regiones de España.

Y fué espectáculo conmovedor, que dejó hondas huellas en los corazones y en la memoria de los franceses, ver desfilan al anochecer más de cien emigrados españoles que públicamente acompañaban al Santo Viático con hachas encendidas en las manos y el fervor en el semblante.

Un Sacerdote español, autorizado por el párroco, llevaba al Rey de los Reyes, ante el

cual arrodillábanse los vecinos y transeúntes, sorprendidos de la espléndida y no vista ceremonia. El silencio era solo interrumpido por el suave rezo de los versículos del "Miserere," y por el argentino son de una campanilla.

La habitacion del enfermo estaba hecha una áscua de oro [como vulgarmente se dice] adornada de flores, luces, colgaduras é imágenes. Una comision de doce caballeros más allegados al enfermo, salió de la casa con cirios á recibir al Divino Huésped hasta la misma calle. Las vecinas de la casa, repartidas por las escaleras y tránsitos, aguardaban arrodilladas con velas en la mano el paso de Su Divina Majestad.

Llegada que fué la piadosa comitiva, el enfermo se incorporó reverentemente y empezó aquel hermosísimo interrogatorio, exclusivo de España, que el Sacerdote dirige al enfermo, y en que éste declara creer y confesar cuanto Nuestra Madre la Iglesia confiesa y cree.

Al preguntar el Sacerdote: "¿Creeis en Jesucristo su único Hijo?" detúvose el enfermo un instante enternecido, sonrió ligeramente como si dijera: "¿pues por quién he querido derramar cien veces la sangre de mis venas?" y luego pronunció un "sí creo" robusto y vibrante, que conmovió á todos los presentes.

El, en efecto, como el distinguido poeta y polemista sin rival, Luis Veillot, podía decir con confianza en aquella suprema hora:

Porque esperé en Jesus y en todo evento
De ser cristiano nunca me corrí,
Ante su Padre, en mi postrer momento
Cristo no se ha de avergonzar de mí (2.)

Siguiendo el interrogatorio, el enfermo perdonó luego á cuantos le habían injuriado, y pidió perdon á todos aquellos que él hubiere ofendido en algun tiempo, acabando por recibir con edificante compostura á su Redentor y Señor.

Recitadas las preeces ordinarias, el Santo Viático tornó á la Iglesia con la misma solemnidad.

No es fácil pintar la emocion de la concurrencia al contemplar el acatamiento profundo y cordial con que los españoles reverencian á la Majestad Divina. No faltó un caballero francés que exclamó maravillado: "Parece que esta cristiana raza no solamente cree, sino que vé."

Aquella misma noche se extinguió plácidamente y con envidiable serenidad, el famoso guerrillero, pronunciando los nombres de Jesus y María.

J' espère en Jesus. Sur la terre
Je n' ai pas rougi de sa loi:
Au dernier jour devat son Père,
Il ne rougira pas de moi.

El comisario Mr. Brunet, mucho más conmovido de lo que él mismo hubiera imaginado, hizo la oracion fúnebre de D. Javier de Silva con estas palabras:

—"C' était un brave gentilhomme, doublé d' un rude chretien" (Valeroso caballero era, y á más, cristiano á prueba de bomba.)

Los franceses que le habían tratado y que conocían á tantos otros emigrados por el estilo, exclamaban:

—Estos españoles son todos amigos del buen Dios.

—¡A mucha honra!—exclamó un "guizon" que lo oyó—El Señor nos guarde en su santa amistad por los siglos de las luces Amén.

JOSE MARIA CASTILLO, S. J.

[2] Las palabras de Louis Veillot, son estas:

ANTE LA NATURALEZA.

SONETO.

El Artista.—Naturaleza, á ti, madre del Arte,
que de Dios tuvo vida al sacro acento,
de recibir tu inspiracion sediento,
acudo á bendecirte y admirarte.

El Poeta.—Si das fecunda al labrador su [parte
en doradas espigas, alimento
da tambien del poeta al pensamiento
para que pueda en tu esplendor cantarte.

El Campesino.—Tú me das, tierra fértil,
(suelo hermoso
y tus brisas, tu luz, mi hogar recibe,
y no ansiando otro bien, soy venturoso.

El Filósofo.—¡Feliz el hombre que en tu
(ambiente vive,
buscando en tí su plácido reposo
y en su grandeza á tu Hacedor concibe.

Angel Lasso de la Vega.

EL ILMO. SR. DR. D. FRAY

José de Jesus María Rico

Y SANTOYO,

UNDECIMO OBISPO DE SONORA.

HARA unos catorce años que se me proporcionó la siguiente partida de bautismo que, con otras, publiqué por vía de apéndice á un trabajo de mi antiguo conolega el Sr. D. Manuel García y Moyeda el cual intituló el "Episcopado Mexicano Nacional." Viene bien ahora darla nuevamente á luz.

"En el curato de la villa de Irapuato, en el año del Señor de mil ochocientos treinta y uno, en dos dias del mes de Febrero, yo el Licenciado D. José Joaquín Gallegos, cura beneficiado ménos antiguo y en turno de esta villa y su Partido, concedí mi licencia, y con ella el Br. D. Juan Eusebio Gallardo, clérigo presbítero domiciliario de este Obispado de Michoacan, administró con las debidas acostumbradas solemnidades el Santo Sacramento del Bautismo, en esta parroquia, á un infante que tenía dos dias de nacimiento, y le puso por nombre "José Miguel Candelario Blas," hijo de Patricio Rico y de Josefa Santoyo, de aquí; fué su padrino Darío Benavides y su madrina Ignacia Ramirez, instruidos en la obligacion que les corresponde y para su debida constancia lo firmé en dicho dia, mes y año.—Gallegos—(rubrica.)" Lib. 25 foj. 22.

Me son desconocidos los primeros años de este niño, apénas me ha sido dado obtener las siguientes noticias que me comunicó una persona, para mi tan estimada como respetada, que pertenecía á su familia.

El jóven Rico tuvo que lamentar muy pronto la pérdida de su padre, para procurar á su virtuosa madre lo necesario al sustento así como á sus hermanos Rafael y Refugio; se dedicó muy á su pesar al trabajo, pues frecuentaba desde pequeñito el convento de San Francisco establecido en su suelo natal desde 1760 y ya entónces manifestó el deseo de abrazar la vida monacal. Su padre era pobre y al morir nada dejaba; su hijo José emprendió hacer cortes de pantalones que llevaba los sábados á Guanajuato para venderlos: caminaba á pie, á veces algunos compasivos arrieros le conducían en sus burros. Durantes las noches, para satisfacer á su indicado deseo, se consagraba al estudio; así fué como supo hermanar el sagrado deber de atender al sostenimiento de la autora de sus dias y á su vocacion. Mas adelante estuvo en el comercio, é ingresó por fin al Seminario Conciliar establecido en Morelia, para completar sus estudios, donde sobresalió pues reunía á la mucha aplicacion notable inteligencia.

Después se le concedió vestir el sayal franciscano, así fué como correspondió al Divino llamamiento; en su noviciado puso los sólidos cimientos de la humildad, que fué su virtud favorita durante el resto de su vida; en el coristado se dedicó con ahínco al estudio de la teología, y logró por último recibir el sagrado orden sacerdotal.

En su ministerio resplandeció por el amor al culto, y por su constante y elocuente

tísima predicacion. En su orden se dedicó con notable dedicacion á enseñar Teología y Cánones: mas adelante se le dió el nombramiento de guardian del convento de Querétaro y por fin, obtuvo el de Provincial. El grandísimo amor que tenía á su Instituto le hizo tomar decidido empeño por que esta no se extinguiera.

Todo el que emprende una buena obra debe prepararse para experimentar grandes penas; por esto el P. Rico sufrió mucho; pero logró lo que tanto anhelaba. Fundó un colegio, en un lote de su antiguo convento, que compró, conocido con el nombre de Pío Mariano, donde además de instruir á la juventud obtuvo vocaciones franciscanas.

En la época del sitio de Querétaro fué el padre tiernísimo de los pobres, á quienes socorrió cuanto le fué posible.

No estuvo tampoco exento de que la calumnia le hincase su venenoso diente; más triunfó victoriosamente y á poco tiempo fué preconizado Obispo de Sonora y administrador apostólico del Vicariato de la Baja California en el consistorio celebrado en Roma el 15 de Marzo de 1883. El 21 de Octubre del mismo año en la iglesia de Santa Clara, de Querétaro donde tanto había trabajado en favor de las almas, el Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro Dr. D. Ramon Camacho le consagró, asistido por los Sres. Baron y Portillo, Obispos de Leon y Chilapa.

Permaneció algun tiempo en la siempre levítica y simpática Querétaro, y salió de ella para administrar el Sacramento de la Confirmacion en San Luis de la Paz, Celaya y Salvatierra en Noviembre y Diciembre; por último se dirigió, con universal sentimiento de los queretanos quienes le apreciaron justa y muy debidamente, hácia su diócesi, con "10 "eclesiásticos, de los mismos que S. S. I. educó, unos ordenados de presbíteros (1) y "otros de diáconos; pero todos animados del "celo apostólico que distingue á su digno prelado para ir á predicar el Evangelio en aquellas apartadas regiones." El 29 de Diciembre llegó á Guadalajara y hasta el 23 de Febrero del siguiente año tomó posesion de su obispado en la ciudad de Hermosillo, antiguamente Pitie, designada para que allí residiera, segun la Bula de division de las diócesis de Sinaloa y Sonora. A pocos dias publicó su primera y única carta pastoral, impresa en esa ciudad por Roberto Bernal en su tipografía situada en la calle de la Alameda. Exhorta á sus fieles para que se aprovechen de la gracia que la Santa Sede les hizo con la indicada division: revela su profunda humildad y sus vastísimos conocimientos en las ciencias eclesiásticas tan necesarias para el desempeño del cargo que se le había confiado y sobre todo persuade á unirse al Prelado para conservar incolume la fé católica.

Con el fin de dar alguna idea de los trabajos del Ilmo. Sr. Rico, reproduzco una carta suya, que se publicó en EL TIEMPO 2º año, núm. 311, dirigida al M. R. P. Antonio Villareal, Provincial Franciscano de San Pedro y San Pablo de Michoacan.

"Hermosillo, Julio 29 de 1884.—Amadísimo hermano, amigo y compañero.—Volví de Ures con felicidad, gracias á Dios; á los pocos dias salí para el Río Yaqui, donde permanecí un mes apénas, ya porque los indios que se reunen de todas partes para las fiestas de San Juan y de la Visitacion de la Santísima Virgen, pasadas estas se retiran á los diversos puntos del Estado, en donde viven muchos, y los demás á sus barrancas entre los montes; y ya tambien porque el calor en el Río es insoportable; á toda hora se suda, sea de dia ó sea de noche; el aire que corre en el dia es muy fuerte; pero léjos de ser un refrigerio es un tormento, como que es aire de la

(1) Entre ese número eran el P. Buenaventura Chavez y el P. Venegas. Unos de estos jóvenes tuvo fin trágico "por haber caído de una plataforma del tren" [VOZ DE MEXICO, Agosto 21 de 1884.]

costa, tan candente, que con frecuencia se cubre uno maquinalmente la cara con las manos, que parecen oleadas de fuego.

"Al ponerse el sol cesa, y sigue el calor sofocante de la noche, que ni á cielo abierto puedo uno dormir por la dificultad para respirar.

"Sin embargo nos tuvo cuenta ir al Yaqui en este tiempo, porque el muy fuerte calor de Hermosillo, del cual todos se quejan, hasta los naturales, á nosotros nos parece muy llevadero, y estamos descansando de aquel calor que nos hizo hasta mudar piel.

"Con excepcion del pueblo de Cocozí, que hace un año fué visitado por el cura de Balloreca, los demás no veían un Padre hacía dos años; de consiguiente, me encontré con muchos niños sin bautizar, pues sólo de los pueblos de abajo, que son Belem, Huirivis, Rahun y Potan, que están más cerca de Guaymas, pueden llevar á sus hijos á esta parroquia; apesar de esto, había muchos sin recibir el Bautismo. Igualmente se casaron muchos, porque de ordinario no lo hacen sino cuando son visitados por algun cura. Pocas fueron las confirmaciones, con excepcion de Cocori, donde administré este sacramento á cosa de doscientos.

"He vuelto muy abatido de ánimo, porque veo la suma, la extrema necesidad de sacerdotes y la escasez de éstos. Los pueblos del Río, que son diez con los que hay de este lado por la parte de arriba, que son Buena Vista y Comoripa, se encuentran en un estado verdaderamente lamentable: las iglesias son de carrizo, unas barrancas donde se entran los lagartijos y las víboras, y no hay en los pueblos de los indios, que son ocho, más que la iglesia, como he dicho, la cazuca del fiscal, la del Padre para cuando visita y otras dos ó tres tambien de carrizo, en peor estado que la iglesia, donde no hay bueno más que los candeleros, atriles y algunos otros objetos que son de plata, conservados por los indios y que son obra de los antiguos misioneros.

"Estos pobres indios no saben más que lo poco que por tradicion les enseñan sus padres y que á su vez ellos lo aprendieron de dichos misioneros. Se hallan en un estado semibárbaro, viven en sus casitas entre el monte á la orilla del Río, muy poco cultivan, porque no tienen grandes necesidades, puesto que comen cualquiera cosa, y muchos, especialmente los muchachos, andan cubiertos sólo con un cendal, aún las muchachitas. Sin embargo, no hay prostitucion; muy jóvenes se casan, y la mujer es la que reporta el trabajo: son á la vez dóciles, si bien adolecen de los caprichos y extravagancias comunes á los de su raza.

"Se contentan con que les proporcione un Padre que siquier los visite cada seis meses; se les ofrecí y quien sabe como haré para mandárselo, ya porque no tengo cléro, como porque necesito uno trabajador y celoso. No sé que hacer: están dispuestos á edificar sus templos como se les diga, á reunirse y formar pueblos y á cooperar con el establecimiento de escuelas que son tan necesarias. ¿No es triste que no pueda aprovechar tan buena disposicion por falta de segundas manos? ¿Cómo estarán los ópatas y los pápagos, tribus de la frontera? Las mejores, segun sé, y las que tienen mayores necesidades—por que mas difícilmente se visitan á causa de las incursiones de los apaches.

"No tengo aún Seminario, ni siquier me he encontrado una escuela católica, de consiguiente nada puedo hacer. En Mayo, abrí una en ésta y sólo el cura de de Rayon ha abierto otra. Estos son nuestros elementos para el Seminario, y por pronto que consiga el establecimiento de éste, ¿cuándo dará frutos? Y entre tanto, ¿qué se hace con esos pobres pueblos? Por otra parte, los recursos pecuniarios son muy escasos, la vida cuesta mucho, todo es muy caro; las casas tienen en esta un valor fabuloso; la que ocupo, no pasaría en Querétaro de treinta pesos, y pago ciento diez

y ocho cada mes, en ella tengo la escuela, y estamos sumamente incomodos.

¡Pobre Obispo de Sonora!

"Tambien le participo á V. R. que estamos como en capilla, pues ha vuelto la fiebre amarilla, y está dando á los que no les dió el año pasado, y "á todos los de fuera."

"Los vecinos de ésta llenos están de temor por nosotros; pero hasta ahora, bendito sea Dios, no ha tocado mi casa.

¡Hágase su santísima voluntad!

"Le he escrito á V. R. varias cartas por conducto de S., por cuyo conducto lo hice avisando haber ordenado á los PP. Chavez, Orozco y Aguilar. (2) Ellos escribieron pidiendo la bendicion de V. R.

"El Padre Chavez es el Presidente y he puesto á su disposicion la iglesia del Cármen con todas sus exenciones, para que en ella practique con libertad sus actos religiosos, se pueda establecer el venerable Orden Tercero, y los fieles gocen de las gracias concedidas á los que visitan nuestras iglesias. El Señor se digne derramar sus bendiciones sobre nuestros pobres trabajos.

"Es probable que me venga facultad delegada, para instituir la Tercera Orden en la diócesi.

"Todas las personas que me acompañan se han portado bien, gracias á Dios, por lo que están muy queridos.

"Mucho tengo que decir á V. R. de mi; pero ¡para que acibar más el ánimo del que tanto sufre por si?

"Con todo el corazon deseo la salud á V. R. y quedo siempre afectísimo hermano, amigo y compañero que B. S. M. Fr. José de Jesus María, Obispo de Sonora."

A propósito de las escuelas de que trata la anterior carta, EL CENTINELA CATÓLICO semanario que se publicaba en esta capital, decía el 29 de Junio del mismo año de 1884.

"El Ilmo. Sr. Rico." Este dignísimo Prelado recientemente "consagrado" Obispo de Sonora, se afana por difundir allí la instruccion. "Acabamos" de recibir el reglamento del colegio para primera enseñanza, que quedará anexo al Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino y de San Buenaventura, de la diócesi, y no dudamos que será un manantial fecundo de bienes para aquel Estado. En los diversos curatos se abrirán tambien escuelas de primera enseñanza, y ya el Sr. Cura de Rayon D. Francisco G. Meneses, con un celo digno del mayor elogio, ha abierto una escuela parroquial á la que concurren 109 alumnos."

Inescrutables son las disposiciones del Altísimo. Los temores indicados se realizaron, el benemérito Prelado fué víctima de la epidemia y sucumbió.

El Sr. Moyeda, en su opúsculo, de que hice mencion al principio nos da los siguientes pormenores sobre la muerte y entierro del Ilmo. Sr. Rico los cuales se le transmitieron en la siguiente carta.

"Villa del Altar, Septiembre 21 de 1884.

—Muy Señor mío:

"Nuestro muy amado Pastor falleció el 11 del próximo pasado Agosto, despues de haber sufrido los furores de la fiebre amarilla por el período de cuatro dias. Triste fué, por cierto, para todo Sonora éste lúgubre y fatal acontecimiento, especialmente para la ciudad de Hermosillo, que empezaba á saborear las suaves dulzuras de las sobresalientes virtudes de tan recomendable Prelado, y ha tenido que llorar la desgracia de haberle perdido. Una fuerte impresion de dolor se apoderó de todos y de cada uno de los habitantes de aquella ciudad, desde que consintieron en que se aproximaba la hora fatal de perder á su digno é Ilmo. Obispo. Multiplicados centinelas no bastaban para detener las masas que se agolpaban y llenaban los corredores, patios y aún el salon donde agonizaba el Sr. Rico, cuanto

(2) Segun EL TIEMPO del 20 de Agosto de 1884 murió de la fiebre amarilla quien desde Querétaro había acompañado al Sr. Rico.

más cerca podían se lanzaban para recoger y depositar en su corazon los últimos suspiros y postreras miradas de su amado Padre.

"En fin, inexplicable fué el sentimiento que todos manifestaron generalmente en la muerte de su dignísimo Pontífice; pero cuando más parece que dieron mayores pruebas de su amor y de su gratitud, fué cuando se llegó el caso de sepultarle.—El Sr. Gobernador del Estado, aunque le prodigó toda clase de servicios, le asistió personalmente y le acompañó de continuo en su cabecera, lo mismo que individuos de su familia, pues siempre le profesó mucho cariño y le guardó toda clase de consideraciones, dispuso y le preparó una bóveda en el cementerio para que fuera sepultado. (3)

"Cuando el pueblo supo esto, se opuso completamente y no quiso por nada permitir que su Padre y Pastor fuese llevado á un lugar público y comun á todos; pidió á grito en cuello, que fuese sepultado en una parte distinguida, en el templo; pero el Sr. Gobernador, á pesar suyo, para cumplir con la ley que prohíbe las inhumaciones en las iglesias principalmente de los que mueren en una peste, insistió y ordenó que se llevase al cementerio, no obstante esto el pueblo en masa, en número de cinco mil, lo llevaron y lo sepultaron en la capilla del Cármen. Despues la autoridad lo mandó exhumar y sepultar á donde lo tenía ordenado. . . . Pbro. Bartolomé Suaslegui.—Vicario Capitular."

El periódico llamado EL PACIFICO, así elogiaba desde Mazatlan el 11 de Septiembre de 1884 al Ilmo. Sr. Rico "Acabamos de perder al Sr. Obispo, digno Prelado por sus virtudes. Su despejada inteligencia, sus profundos conocimientos y su elocuencia, le hicieron apreciable á todas las clases de la sociedad. Su muerte fué muy sentida, y su entierro una triste tragedia. Pastores como este, son raros y todo pueblo cristiano debe lamentar su pérdida.—La familia de S. S. I. disminuye, cuatro han muerto en ocho dias, y otro está en cama. La sociedad de Hermosillo ha observado con ella una conducta digna de elogio."

FLORENCIO PAU.

(3) Igual cosa pasó con los cadáveres de los Ilmos. Villalbazó y Torres Obispo de Chiapas y Tulancingo.

POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

[CONCLUYE.]

EN EL HUERTO.

"¿Eres tú, madre mía?"

E. LYTTON BULWER.

Cerca la noche, y anublando el cielo
Próxima tempestad, halléme á solas
En tu huerto. Envolvió plácida calma,
Cual sudario, la mente soñadora:
Mi corazon durmióse, mudo y quieto
Como en arbustos y árboles las hojas.

Junto al claro de azul y ópalo, densas
Las procelosas nubes se amontonan;
Y en tierra, en torno mío, el arbolado
Váse extendiendo en desiguales ondas.
Si de cerca distingo la araucaria
Y el rosal y el laurel, signo de gloria,
A distancia destácanse los fresnos
Altivos, y á su pie los sauces lloran,
Y entre la masa obscura surgen tiernas
Del plátano gentil las banderolas:
Todo en hondo silencio, todo envuelto
En vapor de humedad, misterio y sombra.
"Es mi tierra natal, dije: es el bosque
Donde pasé las juveniles horas.
¡Bendita la vision que me devuelve

De tierra y tiempo tales la memoria!"
Del sombrío arbolado al pie, discierno
En más lóbrego tinte, surco ó fosa
Con que la madre tierra ya me brinda.

¿Es aquí ó es allá? ¡Vamos! ¿Qué importa,
Si aquí ó allá con lágrimas la riega
El cariño en que el ánima se goza,
Y á su cruz, para mí perdon y amparo,
Madreselva y jazmin tejen corona?

1895.

EL P. SCAPACHINI.

(Para EL TIEMPO Ilustrado.)

I

EN el segundo piso de una humilde casa de la calle de Rizzo, en una ciudad de Italia, vivía un pobre sacerdote católico; solo; entregado al estudio y á la oracion; sin más amigos que algunos pobres de solemnidad que llevaba á comer con él cuando sus recursos pecuniarios se lo permitían; y sin otra distraccion que hojear los Santos Evangelios ó asear el pequeño altar de N. S. del Cármen que estaba en su dormitorio; y de la cual era muy devoto. Tenía 70 años de edad y 46 de sacerdote.

II

Era una hermosa noche de verano; la luna se hallaba á la mitad de su carrera, cuando un hombre embozado venía á lo larga de la Calle Rizzo y se detenía frente á la casa del P. Scapachini. El balcon del dormitorio del sacerdote estaba abierto y se veía todavía luz en el interior, á pesar de ser ya las 12 de la noche. Y aquel rondador nocturno, ¿quién era? ¿Qué quería? Quien no supiera que la casa que estaba acechando la ocupaba el P. Scapachini hubiera creído que esperaba alguna cita amorosa, tal era la actitud del desconocido: parado en el quicio de la puerta, esquivando los rayos de la luna y como tratando de adivinar lo que pasaba en el aposento del Ministro del Altísimo.

En aquel momento el reloj de una iglesia daba los tres cuartos para la una de la mañana.

III

Han pasado dos horas despues de lo que queda dicho; la luna se hallaba próxima á su ocaso y su luz penetraba al aposento del P. Scapachini. Un bulto estaba en un rincon de la estancia meneando la cabeza á un lado y otro como inspeccionando todo lo que en ella había. En la mano derecha se le veía relucir un enorme puñal. Despues de permanecer así un largo rato se adelantó resueltamente hacia el lecho del dueño de la casa y levantó temblando la mano. En aquel momento un rayo de luna bañaba el rostro del amante de la Virgen del Carmelo. El asesino detuvo su mano en el aire como si una fuerza misteriosa lo obligara á hacerlo, como si hubiese oído la voz que oyó el Padre de Isaac cuando iba á sacrificar á éste: non extendas manum tuam!!; y se quedó contemplando el rostro de aquel venerable anciano bañado por la blanquecina luz del astro de la noche, hollado por los años y los sufrimientos, con la boca entreabierta en disposicion de sonreír y con una expresion tan dulce que fácil hubiera sido adivinar lo que soñaba, que debía ser esto: Un campo donde no hay ambiciones, ni rencores, ni pasiones de ninguna especie; dulces sonidos que brotan de la tierra en son de alabanzas y melodiosos ecos que descenden de los cielos en son de bendiciones; todo alumbrado por el refulgente astro del amor divino sobre el límpido cielo de la conciencia pura. El misterioso personaje se dirigió temblando hacia el altar de N. S. del Cármen, tomó un par de candeleros de plata que había ahí y salió á la calle por el balcon. El padre había despertado cuando la luz lunar hirió su pupila, velada débilmente por sus amarillentos párpados; entre

abrió los ojos y de una ojeada comprendió el peligro en que se hallaba, peligro que aumentaría si hace por huir ó pedir socorro; así es que permaneció tranquilo, aparentando dormir y pidiendo al Omnipotente su celestial ayuda.

Cuando sintió que se alejaba el que le había perdonado la vida, abrió los ojos y á la luz de la luna pudo reconocer á un hombre que había estado con él ese mismo día y en aquella misma pieza á solicitarlo para una confesion.

Cuando ya desapareció el bandido, se levantó el padre, vió qué era lo que se había llevado y cerró tranquilamente la ventana. Al hacer esta operacion oyó pitar á los serenos y carreras de caballos debajo de su balcon.

—Jesus lo ayude! exclamó y se volvió á su lecho.

IV

Al día siguiente, cuando volvía despues de celebrar el Santo Sacrificio, se encontró una tarjeta del Jefe de Policía en que le suplicaba que pasara al juzgado de lo criminal á las 11 a. m.

Llegada que fué la hora se dirigió allá.

—Señor, le dijo el Juez, anoche fué aprehendido este hombre que llevaba estos “candeleros y, como no ha satisfecho lo que “ha dicho respecto de su adquisicion, y cómo “alguien ha asegurado que pertenecen á vd., “le suplico me diga ¿son de vd? Le han sido “robados?

—No, señor, dijo el sacerdote, no son míos ni recuerdo haberlos visto jamás.

El Juez se sonrió bondadosamente; conocía el buen corazon del P. Scapachini y no dudaba ni un momento que los candeleros le habían sido robados; pero que prefería perderlos á exponer al ladron al encarcelamiento ó tal vez al patíbulo.

No habiendo lugar á proceder contra el ladron, éste fué puesto en libertad.

Inmediatamente se dirigió á casa del Sacerdote robado; le dió las gracias por la accion que acababa de cometer y le contó lo que había visto el mismo Scapachini.

—Señor, decía lleno de emocion, soy un miserable: anoche traté de asesinar á vd.; pero el Angel de su guarda me agarró la mano al tiempo de descargar el golpe. La magnánima accion que acaba vd. de hacer me ha hecho comprender su generoso corazon y la perversidad del mío. Vengo á devolverle sus candeleros que tan villanamente le robé y á pedirle perdon por esto y por el deforme crimen que traté de cometer.

—Hermano mío, dijo el sacerdote, puede vd. conservar esos objetos que á costa de tanto sobresalto adquirió. En cuanto á mi perdon, se lo doy con todo mi corazon por amor á N. S. J.

NULLUS.

LA ROSA Y EL RUISEÑOR.

CUENTO ORIENTAL.

I

La rosa, emperatriz de la hermosura, que brinda al sol sus labios encendidos: la que arranca á los zéfiros y nidos endechas rebosantes de dulzura;

la rosa de opulenta vestidura, que es gloria y embriaguez de los sentidos y en los verdes jardines florecidos, cual rojizo relámpago, fulgura;

la que aroma las noches de verbena fué, del mundo en la espléndida alborada, más nivea que la cándida azucena.

Pero Adán fijó en ella la mirada y, palpitando de rubores llena, la blanca rosa se volvió encarnada.

II

El ruiseñor de lengua melodiosa, monarca de los pájaros cantores, que vive entre las hojas y las flores con que se ufana primavera hermosa;

en la azulada noche silenciosa, á la luz de los astros brilladores, lanza al espacio su cancion de amores, adorador de la fragante rosa.

Da la luna, feliz, besos de plata á la rosa de galas purpurinas, que desoye la tierna serenata.

Y herido el ruiseñor por las espinas de su amada inconstante, se desata en lúgubres endechas cristalinas.

Manuel Reina

PROTECCION DE MARIA.

CAMILA, hija de buenos padres y dotada de genio vivo y despierto, era pequeña, fea, bicea y sin gracia. Herida su vanidad así que pudo compararse con sus compañeras, se agrió el carácter de la jóven y se hizo orgullosa, escéptica, envidiosa é impía. Las muestras de afecto que recibían sus compañeras la exasperaban. Llegó á ser socialista y casi atea.

¡Pobre Camila! Nadie la quería y no quería á nadie. Era egoista y de los egoistas todos huyen. Oía en su alma el grito de la rebelion: ¿Por qué hay ricos y yo soy pobre? Y los socorros que la caridad hacía llegar hasta ella, la humillaban.

Entró á servir, pero su orgullo la hizo insoportable el tener que obedecer. Se puso á trabajar por su cuenta, y como era laboriosa y tenía habilidad, logró ir viviendo. Al poco tiempo se alteró su salud; empezó á faltarle trabajo. Su carácter se agrió más cada vez y decidió matarse. Así dejaría de padecer. ¿Estaba segura de ello?

Un día pasaba por delante de la iglesia de Nuestra de las Victorias y entró por mera curiosidad. Mucho tiempo hacía que no entraba en ninguna iglesia. Llamáronle la atencion el número y la compostura de los concurrentes. Era por la tarde. No había sermon ni oficios, y sin embargo, la iglesia estaba casi llena de fieles. Unos apénas hacían más que entrar y salir. Sólo estaban el tiempo necesario para rezar un “Padre Nuestro” y un “Ave María.” Otros permanecían largo tiempo devotos y recogidos.

Camila había dicho muchas veces: “La religion es buena para los ricos. Puesto que Dios les favorece, que le den gracias.” Pues bien, á juzgar por las apariencias, había en la iglesia ménos ricos que pobres. Sirvientas, modistas, empleados, estudiantes, trabajadores, estaban postrados delante de los altares.

La jóven no había olvidado las oraciones que aprendió en su niñez. Movida por un impulso irresistible, dijo un “Ave María,” y luego cuantas oraciones conservaba en la memoria. Sentía que su corazon se ablandaba, que la inspiraban horror sus instintos rebeldes y que la daban miedo sus planes suicidas. Camila, á pesar de sus graves faltas, conservaba un tesoro incomparable é inapreciable: la fé.

Conmovida hasta el fondo de las entrañas, dijo:

—Vendré mañana, me dirigiré al primer sacerdote que encuentre y trataré de volver á ser lo que era el día de mi primera comunión.

Iba á marcharse, cuando vió á un anciano sacerdote de venerable aspecto salir de un confesonario y dirigirse á la sacristía.

Camila oyó entónces como una voz interior que la decía: ¿A qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? ¿Y si te mueres esta noche! Habla á ese anciano. Cuéntale tus penas y te dará consuelo.

—Padre mío,—dice en voz baja al anciano sacerdote.—Deseo confesarme.

Vuelve el venerable eclesiástico al confesonario. A los pocos momentos corren lágrimas de arrepentimiento de los ojos de la jóven. El sacerdote la ayuda á hacer el exámen de conciencia, la anima á confesar todas sus culpas y oye le historia de aquella contrita

pecadora, que se levanta de los pies del confesor absuelta y tranquila.

La jóven, en paz con Dios y consigo misma, varía por completo de carácter. Todos los que la conocen observan el cambio que ha experimentado. Su modestia y dulzura encantan á los mismos que ántes huían de Camila, y pronto halla lo que hasta entónces no había tenido: amigos verdaderos que se interesan por la pobre huérfana.

De todas las desgracias que pesan sobre los pobres, las más terribles son las enfermedades. A la salud escasa, casi raquítica, de Camila vino á agregarse un malestar continuo. Los médicos hablaron de reuma. de neuralgía. Pero un día los dolores se localizaron y llegaron á ser tan agudos que los falcultativos tuvieron que declarar que Camila tenía un cáncer. ¡Horrible enfermedad que no suelta su presa! A la caída de las hojas, á más tardar en Diciembre ó Enero, la jóven debía sucumbir. Así lo indicaron los dos médicos de beneficencia que la asistían. El uno, que tenía la dicha de ser buen católico, la dijo un día:

—Veo por las imágenes que tiene V. á la cabecera de la cama que es V. piadosa; en este mundo no es V. feliz; no tiene V. familia. Alégrese de cambiar esta vida por otra mejor. Cuando esté V. en el cielo, hija mía, ruegue V. á Dios por mí

El corazon de Camila experimentó dos impresiones al oír estas palabras. La una de alegría; la otra de dolor. Iba á morir, pero despues de largos y atroces sufrimientos. Tembló, y pensando en la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo le pidió conformidad y fuerzas.

A los pocos días supo que varias personas piadosas organizaban un “tren de enfermos.” Quiso formar parte de esta tierna peregrinacion y pedir á Nuestra Señora de Lourdes la salud del cuerpo ó la resignacion del espíritu.

Una señora caritativa facilitó á la jóven los medios de hacer el viaje. Algunos días despues recibió la dama una carta de la enferma.

“He tenido la dicha de ver milagros,—escribía Camila;—la Santísima Virgen no me ha curado, pero la debo el valor y la confianza que experimento.”

Al volver de Lourdes la jóven, seguía padeciendo. Su enfermedad aumentaba diariamente; pero Camila no se quejaba. Todos los malos instintos habían desaparecido de su alma. La jóven escéptica, orgullosa é impía ántes de ir á la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, con el favor de la Virgen Santísima iba á morir como mueren los santos.

Y así fué, en efecto. Sus últimas palabras fueron de paz. Murió resignada, y cambió gozosa esta vida de lágrimas y dolores por el mundo de la luz al que fué llena de santa confianza en la mediacion todopoderosa de la Madre de Dios.

¿Qué milagros mayores que los que tienen por objeto el alma? Los milagros de conversion, de resignacion, de pacificacion del espíritu son más importantes y más difíciles que la curacion del cuerpo.

Son más difíciles, porque con una palabra de Dios las leyes de la naturaleza se modifican ó se cambian. Pero en la conversion es necesario nuestro consentimiento. Dios, que nos ha criado por sola su voluntad, no nos salvará sin nuestro concurso. El libre albedrío es una fortaleza de que somos señores.

Son más importantes; ¿pues de qué sirven la salud y la vida? Aunque ésta se prolongase hasta los siglos de Matusalen, “¿quid hoc ad æternitatem?” No hay más que un mal: la muerte eterna; no hay más que un bien: la eterna salvacion.

EUG. DE MARGERIE.

EL ORGULLO QUEBRANTADO.

¿Cuántas veces saliendo de mí mismo Con las alas que tiene el pensamiento, He escalado el inmenso firmamento, Y escudriñado el insondable abismo

En busca, ¡Oh Dios! de tu misterio!
Y otras tantas confuso y humillado
Me he visto á tus pies pues he osado
Así soberbio, arrebatár tu imperio;
Y al saber que tú sabes lo pasado
Y dominas el mundo donde habito,
De estrella á estrella me he lanzado
Buscándole fin á lo infinito,
He querido esconderme; y en cada astro
Encuentro siempre de tu imperio el rastro.
Mas cuando el campo de tu gloria viendo
Tan justo, tan eterno y tan inmenso,
En medio de mi orgullo pienso:
¡Omnipotente Dios, no te comprendo!

FRANCISCO R. CABAÑAS.
Querétaro.

CENA DE LOS ANGELES EN RUSIA.

Una cosa que seguramente ignorarán muchos de nuestros lectores, es la preocupacion arraigadísima entre los habitantes de las campiñas rusas, de que durante la noche de Navidad el cielo se entreabre, y cae de él la bíblica escala de Jacob, para que los ángeles puedan bajar á la tierra y visitar á los mortales.

Los moujiks, que son muy crédulos y muy hospitalarios, tienen tal fe en esta leyenda, que en esa noche disponen siempre una mesa con manjares en el patio de sus casas, á fin de que los celestes y angélicos visitantes puedan reconfortarse durante su breve estancia en este mísero mundo.

AMOR DE MADRE.

Toda madre verdadera,
Desde que su niño nace
Es lo primero que hace
Enseñarlo á que la quiera.

Y mientras el hijo viva
De la buena madre al lado,
Siempre tendrá este dechado,
Esta enseñanza objetiva.

Dáme esta dulce leccion,
Pues tienes de amor las llaves,
Oh Madre! que serlo sabes,
Y sabes dar corazon.

Cuando entre muchos hermanos
Hay uno deforme y necio,
Carga sobre él el desprecio,
Descargan sobre él las manos.

Si tal miseria desquicia
Hasta el cariño del padre,
Al hijo queda la madre
Y más que ántes lo acaricia.

Mi esperanza aliento cobra,
Pues mi miseria y mis llagas
A que más caricias me hagas
Derecho me dan de sobra.

De sí mismo se aconseja
El hijo entre sus locuras,
Quiere correr aventuras,
Y sola á la madre deja.

El tiempo roe ó condensa
Lo que en el pecho se anida;
El de ella presto se olvida;
Ella en él sin tregua piensa.

El cariño y el olvido
Emprenden larga batalla:
Aquel grita, y éste calla;
Ese en vela, éste dormido.

Era mi sueño el de un muerto;
Mas tu llanto omnipotente,
Oh Madre, cae en mi frente,
Y á vida y amor despierto.

Lágrimas que el hijo vierte
Viendo á la madre llorar,
No las querais enjugar,
Que redimen de la muerte.

Y pues lágrimas me das
Con que mi yerro se paga,
Del corazon esta llaga
No cicatrices jamás.

X, S. J.

Las muchas ideas no constituyen el hombre de ingenio, como tampoco los muchos soldados al buen general.

EL CORAZON DE JESUS

Y LA
INMACULADA CONCEPCION.

(Poesía francesa por el R. P. Vaudon.)

I

¡Cómo brilla el Eden! ¡cómo trasciende!
Dormita Adán en venturosa calma,
Late su corazon y en él se enciende
Llama que inunda en éxtasis su alma.

El supremo Hacedor hiere en su pecho,
Y blanca forma, de él, brota hechicera;
Sopla divino en ella, alma se ha hecho:
Tiembla la sombra: es la mujer primera.

Abre los ojos; y exhalando aromas
Sobre su tallo mécese las flores,
Desátanse en arrullos las palomas,
Y en gorgoros de amor los ruisseñores.

Viste de gala el cielo y se abrillanta,
Todo el Eden es fiesta y atavío,
Despierta Adán y victorioso canta:
"Tú eres sér de mi sér, dulce amor mío."

II

Antes que fuese el mar y el firmamento,
En la mente de Dios Jesus dormía,
Como Adán al rumor del blando viento
En la arboleda del Eden sombría.

Hay abierta una herida en su costado;
De ella la fuente de la gracia brota:
Y cual rosa gentil, lirio nevado,
De fragancia que cunde y no se agota.

Vertiendo amor, bellísima, se eleva
Y á la tierra y los cielos extasia,
La nueva madre, la segunda Eva,
La Reina de los ángeles "María."

¡Despierta nuevo Adán, del largo sueño!
Fieles á la mision que Dios les traza,
El y su madre, de él vivo diseño,
Juntos redimirán la humana raza.

José Antonio Calcaño.

La verdadera independenciam se funda en estas tres palabras: "vivir con poco." He aquí el preservativo contra la esclavitud.

COPLAS.

El amor es como el aire,
que por todas partes entra;
arrolla si se le empuja,
y estalla si se le aprieta.

Todos los libros del mundo
no te pueden enseñar
lo que enseña una traicion
á quien adorando está.

Nunca luce transparente
el cristal de tu ventana;
que lo empañan cada instante
tus suspiros y tus lágrimas.

Vamos á subir juntitos
el Calvario de la vida;
¡cuando te falten las fuerzas
yo te prestaré las mías!

CANTARES.

Que todo pequeño lo halle,
es cosa para tí extraña;
tú el mundo ves desde el valle
y yo desde la montaña.

Te leeré en la palma
de tu mano el sino:
tú me vas á robar pronto el alma
y á ser su asesino.

Márchate, de Dios bendita,
que he de saber muy temprano
si puedes andar solita,
sin que yo te dé la mano.

No hay pena como encontrarse
el corazon que uno quiso
hecho una fúnebre ruina
en la que habita el olvido.

G. Belmonte Muller.

A LA SANTISIMA VIRGEN.

SONETO.

¡Oh madre del amor hermoso y santo!
¡Virgen, que sobre innúmeras estrellas,
Vertiendo luz que se refleja en ellas,
Reinas, despues que conociste el llanto!
¡Del pecador, asido de tu manto,
Acoge tú las férvidas querellas!
¡De mi torpe vivir las hondas huellas
Borra, tú que de Dios obtienes tanto!
¡Libre yo de cadenas y de abrojos,
Torne á los horizontes de mi infancia,
Y á merecer tu maternal cariño;
Y gozando la lumbre de tus ojos,
Y embriagado en tu mística fragancia,
Perezca el hombre en mí, renazca el niño!

M. A. Caro.

EL AVE FENIX.

Gran discordancia de opiniones existe respecto de esta famosa ave, que fué entre los géntiles símbolo de la eternidad dor au larga vida, pues se afirma que en la Arabia alcanza la existencia de 300 años. Cuando está cercano su fin, en el cual muere, y al cabo de cierto tiempo, con el calor del sol, nace un gusano, y éste se transforma en ave Fénix.

Entre los escritores que niegan la existencia del ave Fénix están los Santos Padres, aunque Orígenes lo asegura y algunos escritores dan completísimos detalles. Los emperadores cristianos significaron en esta ave el símbolo de la Resurreccion, por lo que se encontraba siempre en los sepuleros de los mártires. Hoy nadie duda de que todo es una completa fábula.

El engreimiento lleva á la soberbia y esta lleva en el pecado la penitencia, pues suele perder al que la tiene.

DESENCANTO.

Sobre el fuego de amor que yo encendí
mis lágrimas cayeron,
eran fuego también y al que ya ardía
más incentivo dieron.
Hoy que otro amor mi corazon inflama
y ser feliz presumo,
miro de aquel amor la viva llama,
y al lado de ésta, es humo.
Pronto, quizá, de tu rigor impío
me rendiré al tormento;
pronto, quizá, tu amor y el amor mío
serán cual todos: ¡viento!

M. del Palacio.

Todo es grande en el templo del favor,
excepto las puertas, que son tan bajas, que es preciso entrar por ellas arrastrándose.

DE "MI LIBRO DE VERSOS."

MAL DE AMOR.

Mucho hace el que mucho ama.
Kempis, Lib. I, Cap. XV.

¡Estar en su presencia y no mirarla,
Cuando hacerlo deseaba con ardor!...
¡No sé cómo he podido contenerme
Sin que salga del pecho el corazon!

Eso debe probarle que la quiero;
Que el sacrificio nace del amor:
Poder saciar la sed y no saciarla,
¡Suplicio es que el de Tántalo, mayor!

¡Terrible incertidumbre!... Mas, ¡qué im-
(porta?)
¡He de esperarme hasta que quiera Dios!...
Que no tarde en crecer, porque, callando,
¡Bien pudiera matarme tanto amor!

Roberto A. Esteva Ruiz.

El hombre emplea su vida en discutir sobre lo pasado, en quejarse del presente y en temblar por lo porvenir.